

CRECIMIENTO TURISTICO

Causas y consecuencias

NO basta, a mi entender, con que manifestemos complacencia por el crecimiento que viene experimentando el turismo. Es un hecho que, por su magnitud, adquiere cada día un carácter y significación mayores y ha llegado a ser exponente definidor de unas venturosas realidades de la vida nacional. Creo que lo realmente interesante es analizar las causas y que nos demos cuenta de lo que el fenómeno debe representar como señalamiento de futura actuación. Porque en el espléndido proceso no todo es acontecer afortunado, ni fortuita circunstancia. Ha tenido influencia positiva la comprensión y planteamiento de una política turística que se hallaba inédita. Ante la satisfactoria evolución se consideró, lógicamente, necesario montar unos dispositivos. Hacían falta los instrumentos que recogieran y canalizaran, con impulso creador, las corrientes. Es, justamente, la labor que el Ministerio de Información y Turismo viene desarrollando.

Cuando todo era embrionario y no se podía suponer el nivel que se habría de alcanzar, había suficiente con la organización oficial incipiente, limitada, que cuidaba de los motivos de seducción para el escaso número de turistas extranjeros que a España llegaban. Tenía entonces más importancia el que determinados museos o monumentos se hallasen cuidados, que la existencia y funcionamiento de una extensa y modernizada red hotelera. Los aeropuertos, hoy fundamentales, no existían. La propaganda no se entendía necesaria, porque quienes aquí llegaban, en proporción reducida, realizaban su viaje espontáneamente. No hace falta remontar excesivamente el recuerdo. Nunca se hablaba de millones, ni de millares de turistas. Apenas era cosa que tuviera proyección en las estadísticas. Y en cuanto a la repercusión económica, había parecido pueril ocuparse de las divisas que nuestros visitantes pudieran dejar. Hoy, en cambio, como bien es sabido, se trata de uno de los capítulos esenciales de la economía nacional.

Esta es la venturosa realidad. ¿Las causas? Son clarísimas. Estamos conmemorando, con justificado, unánime júbilo, los veinticinco años de paz. Este período, cuya duración no se había conocido jamás, de orden, de tranquilidad, suprimidos los viejos motivos de inquietud, es uno de los mayores atractivos, porque el turismo requiere, precisamente, esos elementos y circunstancias. En la vida hay empresas y actividades que forzosamente tienen que afrontarse, cueste lo que cueste ponerlas en práctica. El viajar y recorrer ciudades es de una absoluta espontaneidad. No se le impone a nadie. Y exige las condiciones que ahora se dan en España y no existen en otros países. Se publican, frecuentemente, noticias y crónicas que reflejan el decrecimiento del turismo internacional en naciones que tuvieron, tradicionalmente, situación de primacía en la atracción de viajeros de todo el mundo. Las causas son del mismo orden que las de España, pero a la inversa. Frente a la estabilidad que aquí es característica y definidora, el incoercible clima de zozobra, ausencia de garantías, desórdenes, agitación, lo que constituye el motivo de mayor repudiación para los turistas.

Estamos ante el espectáculo de un declive en países de tradición turística que parecía incommovible. Y, al mismo tiempo, la reafirmación del raudo crecimiento español. Después del último Consejo de Ministros celebrado en San Sebastián, el ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne, dió a conocer algunos datos acerca de las llegadas de extranjeros en el pasado mes de junio. Las cifras, completamente constatadas, irrefutables, acreditan que se ha elevado la afluencia turística en más de un treinta y seis por ciento respecto del año pasado. Es de tener en cuenta que ese mes no es, generalmente, de tanta intensidad en lo que a visitas de viajeros de otros países se refiere, como los de julio y agosto, que, con toda seguridad, registrarán comparecencias mucho mayores.

Si esta realidad incita a pensar en los motivos determinantes, en las causas que la posibilitan, parece conveniente que se dedique, igualmente, atención a lo que ha de ser un próximo futuro. Las perspectivas no pueden ser más lisonjeras. Todo hace suponer que la trayectoria continuará y que, año tras año, irá ensanchándose el revelador porcentaje de las presencias extranjeras. Una política inteligente, un tratamiento idóneo, la creación de los medios y los instrumentos que pueden asegurar la continuidad, son garantía de que el hecho que tan legítimamente nos satisface no quebrará. Franco ha pedido al pueblo español el afianzamiento de la unidad para que se abra otro período como el de los pasados cinco lustros de paz. Esa unidad dejará expeditos los caminos. Y aunque a muchas gentes de fuera les mortifique que la situación interna y la cohesión firmísima de los españoles sea el principal fundamento de la línea ascendente de nuestro turismo, hasta llegar a ser el primer país en las preferencias internacionales, han de reconocer que el avance sensacional de nuestra patria, en ese aspecto, se debe esencialmente a la obra que, desde el Movimiento, se ha llevado a cabo y a la decisión inquebrantable de proseguirla sin defeción ni desmayo.

FRANCISCO CASARES

VICENTE ESCUDERO, como en sus mejores tiempos



EL viejo Vicente Escudero ha reaparecido en Barcelona, con el brio, la personalidad y el estilo de sus mejores tiempos. Cuando el arte es auténtico, el tiempo no puede demolerlo. No se busque, pues, ningún misterio tras la probada vigencia del cante de Escudero; no hay otro secreto que su legitimidad. Por esta razón ha enervorizado ahora a los públicos juveniles con la misma intensidad que lograba en la época de sus grandes éxitos.

Septuagenario, pero en posesión de unas facultades inmarcesibles, Vicente Escudero dió, con honestidad y sencillez, su lección desde el escenario de la plaza del Rey, en el centro del barrio gótico, con su carga de historia y de tradición.

Vicente cantó unas saetas junto con Miguel de Aracena, y también las mejores piezas de su viejo repertorio. La "seguriya" gitana, extraída del pueblo y devuelta a él en magistral ver-

sión. Y la popular "farruca" que en ya lejanos tiempos había impresionado profundamente a los públicos de más diversa psicología, en Europa y América. Entonces se decía que "por el simple taconeo se hubiera podido saber quién actuaba en el escenario".

En torno a Vicente Escudero, los más jóvenes: María Márquez, Juan Castelló, Alfonso Gómez, Juan Sintas y Miguel de Aracena. Un cuadro digno del maestro.

El público catalán supo apreciar, a lo largo del breve festival, los indiscutibles y aún vivos valores del arte de una de las grandes figuras históricas del cante grande. Para muchos —para los jóvenes— la reaparición de Escudero tuvo la equivalencia de una "premiere", al encontrarse por vez primera con su estilo. Y fue, para todos, un acontecimiento inolvidable.

D. C.

(Fotos Rodríguez)

